

JOSÉ ANTONIO MILLÁN

DEL CELESTE TÍO MATERNO O TRADUCIR IMPLICA TODO

Voy a empezar (y no se me ocurre introducción más apropiada al tema que nos ocupa) aclarando las mentiras, simplificaciones y abusos en que incurriré en las líneas que seguirán. Voy a hablar de mundo, lengua, libro, y me veré forzado a considerarlos por separado, a disecarlos, como si no fueran – que son – una y la misma cosa. Y sólo las dificultades de este ejercicio (comparable a separar con una cuchilla de afeitar haz y envés de una misma hoja de papel) podrá disculpar la tosquedad de los resultados.

Advertido lo cual, voy a proponer un abusivo esquema, que servirá de hilo conductor.

El óvalo que, lector, divisas en la parte superior (M) no es otra cosa que el mundo que te rodea, en el que no sólo están las cosas, sus relaciones, los procesos mentales que disparan, y los hechos pasados y presentes, sino también todas las potencialidades que en seres, eventos, relaciones y emociones quepa concebir; vistos todos, eso sí, desde L.

L es la lengua en la que estamos sumergidos. Es la campana de cristal desde la que miramos todo (pero hay allí una zona opaca, más allá el cristal hace aguas, la curvatura produce deformaciones...). Y además existen varias lenguas (L₁, L₂, ...). Cada una configura a su modo todo lo restante. En una lengua puedes "hervir de indignación", y en otra es un sentimiento que te pones como una chaqueta. En las lenguas dotadas de caso no existe el concepto desnudo de "hombre", sino "hombre sujeto de una acción", "hombre poseedor de...", etc. En una lengua hay la misma palabra para "hermano" y para "primo", y para todos los efectos, son "lo mismo". En otra los numerales informan sobre la forma y tamaño del objeto, y no hay "cinco", sino "cinco – alargados, redondos y afilados"...

El mundo se organiza desde la lengua: los esquimales (que tantos servicios nos prestarán en el curso de estas páginas) "ven" treinta variedades de nieve allá donde nosotros sólo distinguimos el blanco manto. Y esto no es exclusivo de las diferencias entre lenguas: en el seno de cualquiera de ellas hay *slangs*, jergas, que introducen nuevas dimensiones. Desde los adolescentes españoles que pueden distinguir terminológicamente toda una serie de estadios en la intoxicación de hachís, a la jerga infantil que diferencia siete clases de pedos.

Es el mundo (M) organizado por la lengua determinada lo que representan las estructuras marcadas en cada uno de los óvalos inferiores.

Y por último la obra (O), el libro, artículo, novela, poema; secuencia de letras que, interpretadas a través de la lengua, *remiten* a algo situado más allá.

Y ya podemos adentrarnos en otros aspectos del esquema. Las flechas A, B quieren representar el proceso de escritura en una lengua, la génesis de la obra

(O₁): desde lo que produce como resultado “El cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma...” hasta un poema simbolista. Parten de la configuración de un referente (dentro de M) R₁: relaciones internas en un ente geométrico, caso del Teorema de Pitágoras, o algo mucho más evanescente en el caso del poema. Para su plasmación tales “ideas” requieren el dominio de una serie de reglas, elementos léxicos, todo lo que es la lengua. Esta oscila entre servir de mero vehículo (caso del lenguaje técnico) hasta una situación protagonista (en el poema; de ahí la otra cabeza de flecha, punteada).

C, D son la lectura. A partir de una secuencia de letras, con el dominio de la lengua, se llega a algo que, en el caso ideal, será lo mismo que el autor quería transmitir.

Conviene aquí clarificar algunos puntos: ¿Qué *es* una novela, un poema? Desde luego, no la sarta de letras que, adecuadamente presentadas, llegan hasta nosotros. ¿Hasta qué punto se puede decir que *existe* un libro jamás leído (ni por el autor: el que produzca, por ejemplo, un programa a través de una computadora, cosa perfectamente posible). Aun a riesgo de incurrir en una suerte de platonismo, lo más aproximado que encuentro es lo siguiente: un libro *es* la “configuración mental” que resulta del proceso de lectura llevado a cabo por un *lector ideal*, con un perfecto dominio de la lengua y de todo el entorno social-cultural del autor. (Cuanto más tiempo haya transcurrido entre A, B y C, D mayor clarificación adicional se precisa. No son otra cosa las *notas* a ediciones de obras lejanas en el tiempo, aunque escritas en nuestra misma lengua: notas filológicas que apoyan C, y apuntes históricos, culturales, para D).

El traductor tiene que participar del proceso del lector, C, D (¿cómo, si no, *llegar* a la obra?), pero tiene además que abordar la tarea de transmitir *lo mismo* (R₁) a través de otra lengua (L₂): tiene que escribir en otra lengua (llegar a O₂, a través de E, F) de forma que (al menos en principio) el hipotético lector obtenga, a través de G, H, lo mismo que el lector de la obra original.

¿Lo mismo? La estructura de la segunda lengua, su disponibilidad de recursos y matices, las diferencias globales que vehiculiza, ya están seleccionando aspectos de R₁, potenciando unos elementos y rechazando otros. Todo esto configura (desde L₂, y de ahí la otra cabeza punteada de la flecha) otro referente, R₂, que resultará tanto más semejante al primitivo cuanto: primero, más próximas estén L₁ y L₂ en todos los aspectos y, segundo, cuanto más a la izquierda pueda situarse el referente en el continuo ciencia-técnica-narrativa-poesía.

Vayamos a los extremos: el discurso científico tiene tal grado de formalización, y las “lenguas de cultura” poseen tales medios a su disposición, que no presenta problema traducir, por ejemplo, un texto de ingeniería del francés al alemán. Con un texto científico, miramos a través de un cristal transparente. Con la poesía ocurre algo distinto: la propia lengua es su objeto, su tema, su referencia. En la poesía miramos mucho más las irisaciones del cristal.

En su vertiente más extrema, este fenómeno es el que está presente en las expresiones autorreferenciales, como “Esta oración tiene cinco palabras”. Vamos a detenernos en él porque ilustra muy bien algunas de las paradojas que conlleva la traducción. La principal es que la traducción de un texto autorreferente sólo se consigue a costa de traicionar a su contenido. “Esta oración está escrita en castellano” se traduciría al inglés por “This sentence is written in English” y no “... in Spanish”.

Cualquier oración, cualquier texto, crea (y es configurado por) toda una red de relaciones. Es tarea del traductor discernir cuáles son las pertinentes. Supongamos un contexto en que se opusieron varios discursos, y que el rasgo discriminador fuera el vehículo concreto (por ejemplo, “Esta oración está escrita en castellano” a pesar de que el resto de la carta está en alemán). Dentro del campo semántico “lenguas” (dominio de R), la oración castellana remitiría (entre otras cosas) a [*castellano/alemán/inglés/otras*], y la versión inglesa a [*castellano/alemán/inglés/otras*]. La frase traducida dice “otra cosa”.

Y sin embargo, en otro contexto: “Hay oraciones que hacen referencia a sí mismas, como *Esta oración está escrita en castellano*.” “There are sentences which make reference to themselves, like *This sentence is written in English*.” Las dos oraciones destacadas remiten a lo mismo: [poseer autorreferencialidad/no poseerla]. En este sentido, son equivalentes exactos.

Si lo “esencial” de la poesía es el juego interno con el lenguaje (y aquí el poeta soplaría el vidrio que configura su propia campana), toda su traducibilidad depende de discernir cuál es el “contenido” que transmiten los recursos utilizados (desde una aliteración hasta la elección concreta de un verbo), y “reproducirlo” con los medios de la otra lengua. Aquí, efectivamente, acaba la *traducción* y comienza la *reescritura*.

He hablado de poesía sin excesiva precisión, por acudir al ejemplo más reconocido de traducibilidad mínima, pero, como es lógico, muchos otros tipos de discurso plantean idénticos problemas. Concluiré con unos ejemplos típicos que ayudarán a clarificar otros aspectos. Supongamos el caso de traducir al esquimal un texto que pasa revista a una serie de animales; una referencia al “cordero” plantearía un problema insoluble: no hay en esquimal una pieza léxica que contenga rasgos [mamífero, ovino, menos de un año] *porque* (y aquí la relación causal se muerde la cola) no existen tales animales en el universo del hablante. Sin embargo (y esto ya es un ejemplo real) la necesidad de traducir fragmentos de las Escrituras al esquimal fuerza a trasladar “cordero de Dios” por el equivalente vernáculo de “foquita de Dios”. Lo que se ha hecho ha sido escoger, de entre todos los rasgos que constituyen el “sentido” de “cordero”, aquellos que presentaban una pertinencia en este caso concreto, que serían algo así como [animal, fuente de alimento, tamaño pequeño, objeto de sacrificio], y podían corresponder a una pieza léxica de la otra lengua.

Otro ejemplo del mismo corte: en una cultura donde no exista la figura de “padre” (porque nunca se sepa con certeza quién es el genitor, o sea irrelevante), pero donde el cabeza de familia sea el hermano de la madre, la expresión “Padre nuestro, que estás en los cielos” quedaría como “Tío materno nuestro, que estás en los cielos”, con otra pirueta conceptual que, sin embargo, es la única forma de dar en el blanco.

Todos estos problemas se sitúan en el trayecto C, D, E, F, pero una labor de traducción deberá también contar con A, B (en sentido amplio “qué se proponía decir el autor en la obra”) y con G, H (“qué sacará como resultado el lector de la obra traducida”). La traducción, algo tan presente en el mundo que nos rodea, lleva implícitas cuestiones generales acerca del mundo, de la lengua, y de la creación en el seno de ésta, que distan mucho de estar claros para la ciencia actual. Y sin embargo, tras cada traducción lograda hay un auténtico viaje de exploración (la mayoría de las veces inconsciente) por los caminos, toscamente rotulados de la A, a la H, con los que he tratado de cartografiar esa desconocida región.

(Y sólo me habría faltado ornar los márgenes, los espacios desconocidos, con lo que cualquier cartógrafo medieval habría introducido sin dudar: monstruos, dragones, sirenas.)